

«¿Podemos desear los honores? ¿Debemos huir de la pobreza?» O se disputa de lo justo y de lo injusto, vg.: «¿Es justo vengar las injurias de nuestros parientes?» O de lo honesto y de lo torpe, vg.: «¿Es honesto morir por alcanzar gloria?» Los modos de la comparacion son dos: en el uno se busca la semejanza ó diferencia entre dos cosas, vg., entre temer y respetar, entre el rey y el tirano, entre el adulador y el amigo; ó se pregunta cuál de dos cosas ha de ser preferida, vg.: «¿El sabio ha de guiarse por la alabanza de los mejores ó por el aplauso popular?» Estas son las divisiones que los retóricos más doctos hacen de las cuestiones relativas al conocimiento.

»Las que se refieren á la accion, ó versan sobre el deber, y se pregunta qué es lo recto y lo que debe hacerse (y aquí entra todo el tratado de las virtudes y los vicios), ó tienen por objeto excitar ó calmar los afectos. A este género pertenecen las exhortaciones, reprensiones, consuelos, quejas y todo impulso propio para mover los ánimos ó para mitigarlos.

»Explicados estos géneros y modos de controversia, poco importa que nuestra division difiera algo de la de Antonio, porque iguales son los miembros de una y otra, aunque yo los distribuyo de un modo algo diferente que él. Paso adelante, y vuelvo á mi asunto y propósito.

»De los lugares que expuso Antonio, pueden tomarse argumentos para todo género de cuestiones; pero los hay más acomodados á unas cuestiones que á otras. En esto no insistiré, por ser cosa tan evidente.

»Son más elegantes las oraciones que ofrecen más campo donde explayarse y que de una controversia singular y privada se elevan á los principios generales, de suerte que los oyentes, conocida la naturaleza, género y universalidad del asunto, puedan juzgar del caso particular, del reo, del crimen ó del litigio. A este género de ejercicio ha convidado á estos jóvenes Antonio, y ha juzgado que de las más

estrechas y agudas cuestiones debiais elevaros en vuestros discursos á lo más universal y variado. Este no es asunto de pocos libros, como se persuaden los que escribieron del arte de bien decir, ni se aprende con un paseo por el Tusculano ántes de comer, ni con una sesion como la de esta tarde. No basta aguzar y tener expedita la lengua, sino henchir y llenar el pecho de cosas admirables y excelentes por su dulzura, elegancia y variedad. Si somos oradores, si figuramos como los primeros en las contiendas de los ciudadanos, en los peligros y en las deliberaciones públicas, nuestra es, repito, la posesion de toda esa sabiduría y doctrina, de la cual otros hombres que tenian ocio miéntas nosotros estábamos ocupados, se apoderaron como si se tratara de cosa abandonada y baldía. Y despues de esto, ó se burlan del orador con cavilaciones, como hace Sócrates en el *Gorgias*, ó escriben sobre el arte oratoria algunos librillos que llaman retóricos, cual si no fuera propio de los oradores lo que los mismos filósofos discuten acerca de la justicia, el deber, el régimen y gobierno de las ciudades, el método de vida y hasta la naturaleza de las cosas. Todo lo cual, ya que no podemos tomarlo de otra parte, quitémoslo á los mismos que nos lo han robado; con tal que lo apliquemos á la ciencia política á que se refiere, y, como ántes dije, no gastemos toda la vida en aprender estas cosas, sino que, en habiendo conocido las fuentes, que nunca sabremos bien si no las sabemos pronto, vengamos á beber en ellas siempre que la ocasion lo exija. Ni es tan agudo el ingenio del hombre, que pueda ver tantas cosas si no se le muestran, ni es tanta la oscuridad de las cosas que un hombre de agudo ingenio no alcance á distinguirlas si con atencion las mira. En este tan inmenso campo donde es lícito al orador vagar libremente por dominios suyos, fácilmente hallará aparato y adorno para sus discursos. La abundancia de ideas engendra la abundancia de palabras. Y si hay nobleza

en las cosas mismas de que se habla, en el esplendor de la materia se reflejan las palabras. Si el que habla ó escribe ha recibido una educacion liberal y esmerada, y arde en amor al estudio, y la naturaleza le ayuda, y se ha ejercitado en todo linaje de disputas, y conoce é imita á los más elegantes oradores y escritores, ni siquiera tendrá que preguntar á sus maestros cómo ha de dar ornato y esplendor á su palabra, porque en tanta abundancia de ideas y conocimientos la naturaleza misma con poco ejercicio encuentra todos los adornos del discurso.»

Entónces dijo Cátulo: «¡Oh dioses inmortales, qué variedad de cosas, qué fuerza, abundancia y grandeza has abrazado en tu discurso, Craso, y cómo de un círculo estrecho has sacado al orador para colocarle en el reino de sus mayores! Bien sabemos que los antiguos maestros en el arte de hablar, ningun género de disputa tuvieron por ajeno de su arte, y se ejercitaron en todo linaje de oratoria. Por lo cual Hipias Eleo, habiendo venido á Olimpia en aquella gran festividad de los juegos, se glorió, delante de casi toda la Grecia, de no haber arte alguno que ignorase, y no sólo las artes liberales é ingenuas, la geometría, la música, el conocimiento de las letras y de los poetas, y las ciencias que tratan de la naturaleza de las cosas, de las costumbres y de los negocios públicos, sino que dijo que él, por su propia mano, habia hecho el anillo que llevaba, el manto con que iba vestido, y los zuecos con que estaba calzado. Sin duda que éste fué demasiado adelante; pero de aquí es fácil conjeturar qué amor tuvieron aquellos oradores á las artes liberales, cuando ni siquiera despreciaron las más humildes.

»¿Qué diré de Pródico Ceo, qué de Trasímaco Calcedonio ó de Protágoras Abderita? Cada uno de estos disertó y escribió mucho en sus tiempos, aún sobre ciencias naturales. Y el mismo Górgias Leontino, á quien quiso describirnos Platon como á un orador vencido por un filósofo, ó no fué

vencido nunca por Sócrates, ni es verdadero aquel diálogo de Platon; ó aunque fuese vencido, no ha de negarse que Sócrates era más elocuente y diserto, ó, como tú dices, más copioso y mejor orador. Y con todo, en ese mismo libro de Platon ofrece Gorgias hablar copiosamente de todo asunto que se presente á discusion, y fué el primero en proponer ante un concurso numeroso que él hablaría de lo que cada uno quisiera. Por eso se le tributó tanto honor en Grecia, y á él sólo se erigió en Délfos una estatua, no dorada, sino de oro. Estos que nombro, y otros muchos excelentes maestros de elocuencia, florecieron casi al mismo tiempo, de donde puede inferirse que las cosas pasaron como tú, Craso, las has expuesto, y que el nombre de orador tuvo entre los antiguos Griegos más estimacion, y exigia más ciencia. Pero dudo si se debe á tí más alabanza que vituperio á los Griegos, porque tú, nacido en otra lengua y costumbres, en una ciudad ocupadísima, distraido en los negocios de casi todos los particulares y en el gobierno de una ciudad que rige todo el orbe, has llegado á abarcar tanta suma de conocimientos y á unirlos con la ciencia y ejercicio del que por tus consejos y palabra tiene más autoridad en la república, mientras que ellos, nacidos en las letras y entregados con ardor á los estudios en medio del ocio más completo, no sólo no acrecentaron nada, sino que ni áun supieron conservar ni transmitir lo que sus mayores les habian dejado.»

Prosiguió Craso: «No sólo en esto, sino en otras muchas cosas, se ha menoscabado la grandeza de los conocimientos con la distribucion y separacion de partes. ¿Crees que en tiempo de Hipócrates el de Cos hubo médicos que curaban, unos las enfermedades, otros las heridas, otros los ojos? Cuando Euclides ó Arquímedes enseñaban la geometría, cuando Damon ó Aristógeno profesaban la música, ó Aristófanes y Calímaco las letras, ¿crees que estuvieron tan separadas que nadie abrazó la totalidad,

sino que cada uno eligió una parte para trabajar en ella? Yo mismo oí á mi padre y á mi suegro que nuestros mayores, cuando querian alcanzar la gloria de la sabiduría, abrazaban todas las ciencias conocidas entónces en nuestra ciudad. Ellos se acordaban de Sexto Elio. Nosotros hemos visto á Marco Manilio pasearse por el foro, como ofreciendo á todos los ciudadanos el auxilio de su consejo. Y ora estuviese en el foro, ora en su casa sentado en la silla de jurisconsulto, no sólo iban á consultarle sobre el derecho civil, sino sobre el matrimonio de una hija, sobre la compra de un fundo, sobre el cultivo de un campo, sobre todo negocio ú obligación. Esta fué la sabiduría del antiguo Publio Craso; esta la de Tiberio Coruncanio; esta la del prudentísimo Escipion, bisabuelo de mi yerno, todos los cuales fueron Pontífices máximos, y se les consultaba sobre todas las cosas divinas y humanas, y ellos daban su parecer y consejo en el Senado y ante el pueblo, y en las causas de los amigos, en la paz y en la guerra. ¿Qué le faltó á Marco Caton sino esta culta doctrina, venida del otro lado del mar? ¿Acaso porque sabía el derecho civil no era elocuente, ó porque lo era, ignoraba el derecho civil? En uno y otro género sobresalió igualmente. ¿Acaso por servir á los particulares dejó de atender á los negocios públicos? No hubo en el pueblo mejor senador ni más excelente general. En suma, nada se supo ó hizo en aquellos tiempos en la ciudad sin que él lo investigara y supiera, y áun escribiese sobre ello. Ahora, por el contrario, vienen muchos á pretender los honores y á gobernar la república desprevenidos ó inermes, sin ningun conocimiento de las cosas ni ciencia alguna. Y si se aventaja alguno entre muchos, bástale para envañecerse el sobresalir en un solo cencepto, vg., en el valor guerrero ó en el manejo de las armas, cosas ahora algo anticuadas, ó en la ciencia del derecho, y no todo, por que nadie estudia el derecho pontificio, ó en la elocuencia, que ellos hacen

consistir en el ruido y torrente de las palabras, pero ignorando el parentesco y alianza de todas las buenas artes y de las virtudes entre sí.

»Volviendo ahora á los Griegos (ya que no se puede prescindir de ellos en esta discusion, porque así como tomamos de los nuestros ejemplos de valor, hemos de tomar de los Helenos ejemplos de doctrina), dicese que hubo al mismo tiempo siete llamados sabios y tenidos por tales. Todos éstos, fuera de Thales de Mileto, tuvieron el poder supremo en sus ciudades respectivas. ¿Quién fué más docto en aquellos tiempos, ó quién supo unir la elocuencia y las bellas letras tan bien como Pisistrato, de quien se dice que fué el primero en corregir los libros de Homero, confusos ántes, y en disponerlos por el orden en que ahora los tenemos?

»No fué, ciertamente, hombre útil á sus conciudadanos; pero en elocuencia, como en letras y doctrina, aventajó á todos. ¿Y qué diremos de Pericles? cuya abundancia en el decir fué tal, que hasta cuando se oponia á la voluntad de los Atenienses, y por el interes de la patria hablaba con alguna dureza contra el pueblo, era á pesar de todo popular y aplaudido, y de él dijeron los antiguos cómicos (aunque alguna vez le satirizaron segun la costumbre de Atenas) que la gracia habitaba en sus labios, y que era tanta la fuerza de su palabra que dejaba siempre una especie de aguijon en el ánimo de los que le oian. Pero no le habia enseñado ningun hablador á dar gritos, midiendo el tiempo por la Clepsidra, sino que su maestro fué Anaxágoras de Clazomene, varon consumado en muchas ciencias. Éste con su doctrina, consejo y elocuencia, gobernó cuarenta años á Atenas, así en la paz como en la guerra. Y Cricias y Alcibiades, malos ciudadanos uno y otro, pero en verdad doctos y elocuentes, ¿no habian recibido las enseñanzas de Sócrates? ¿Y quién hizo consumado en todas las ciencias á Dion Siracusano? ¿No fué Platon, el cual, maestro no sólo

de lengua, sino de ánimo y virtud, le impulsó y armó para que libertase su patria? ¿Fué distinta la enseñanza que dió Platon á este su discípulo, de la que dió Isócrates al hijo del ilustre caudillo Conon, á Timoteo, gran general al mismo tiempo que hombre doctísimo, ó el pitagórico Lisis al tebano Epaminondas, quizá el hombre más esclarecido de toda la Grecia, ó Jenofonte á Agesilao, ó Arquitas Tarentino á Filolao, ó el mismo Pitágoras á toda aquella Italia griega que se llamó Magna Grecia? Yo pienso que no. De aquí infiero que en otro tiempo fué una misma la enseñanza propia del hombre erudito y del que habia de gobernar la república, y que los que recibian esta enseñanza; si tenían ingenio para la oratoria y se dedicaban á ella, eran los que más se aventajaban en la elocuencia. Así, el mismo Aristóteles, viendo tan floreciente y llena de discípulos la escuela de Isócrates, porque habia convertido éste en vana elegancia la oratoria del foro y de la plaza pública, mudó de repente todo su método de enseñanza, y aplicóse con poca alteracion un verso del Filoctetes. Habia dicho éste: «Vergonzoso es callar cuando hablan los bárbaros.» Y dijo Aristóteles: «Vergüenza es permitir que hable Isócrates.» Y por eso adornó é ilustró toda esta doctrina, y procuró juntar el conocimiento de las cosas con el ejercicio de la palabra. Ni se ocultó esto al sapientísimo rey Filipo, que le puso por maestro de su hijo Alejandro, para que aprendiera de él al mismo tiempo los preceptos de bien decir y de bien obrar.

»Y si alguno quiere llamar orador al filósofo que posee abundancia de ideas y riqueza de diction, yo no me opondré, ni tampoco á que se llame filósofo al orador que une la sabiduría con la elocuencia; siempre que convengamos en que no es digna de alabanza ni la torpeza del que tiene ideas, pero que no sabe expresarlas, ni la vana locuacidad del que habla sin tener nada que decir. Y si hubiera de elegir entre una de las dos cosas, mejor escogeria la

sabiduría inelegante que la locuaz ignorancia. Pero si buscamos lo mejor de todo, deberemos otorgar la palma al orador sabio. Consintamos en que le llamemos filósofo, y cese toda controversia. Si se quiere establecer division entre oradores y filósofos, siempre resultarán estos últimos inferiores, porque el orador perfecto posee la ciencia del filósofo, al paso que en el filósofo no es de rigor la elocuencia. Quizá ellos la desprecien, pero siempre tendrán que convenir en que es algo que se añade á su arte.»

Habiendo dicho esto Craso, guardó silencio por algunos instantes y callaron tambien los demas, hasta que dijo Cota: «No puedo quejarme, Craso, de que hayas hablado de otra cosa distinta de la que te habíamos pedido, porque nos has dado mucho más que lo que acertábamos á desear; pero ciertamente, lo que habias tomado á tu cargo era explicarnos el ornato del discurso, y ya habias entrado en materia, dividiéndola en cuatro partes, y nos habias dicho bastante de las dos primeras, aunque á tu parecer breve y ligeramente, pero todavía te faltaba explicar las otras dos: primera, cómo se ha de hablar con ornato; segunda, con oportunidad. Apénas habias comenzado á tratar este punto, el ardor de tu ingenio te levantó á tal distancia de la tierra, que casi te perdimos de vista. Abrazaste todo linaje de ciencias, y aunque en tan breve tiempo no pudiste agotar todo el caudal de tu saber, ni sé el efecto que en los demas harías, de mí puedo decirte, que me moviste á entrar en la Academia. Mas no por eso juzgo necesario consumir toda la vida en esos estudios, sino poder (como tú mismo has dicho) abarcarlos de una mirada. Pero aunque fuera su estudio más difícil ó yo más tardo y rudo que lo que soy, no descansaré hasta haber aprendido el doble método que tienen los académicos para defender el pro y el contra en todo género de cuestiones.»

Entonces dijo César: «Una cosa hay en tu discurso, Craso, que me ha llamado mucho la atencion, y es el negar



tú que pueda aprender nunca el que no aprende pronto. La prueba no es difícil: ó yo adquiriré pronto esa ciencia que tanto condenas, ó si no lo consigo no me empeñaré en perder el tiempo, y me contentaré con la escasa doctrina que ahora poseo.»

A esto añadió Sulpicio: «Yo, Craso, no quiero competir ni con Aristóteles, ni con Carneades, ni con ninguno de los filósofos. Tú dirás si es porque desespero de poder aprender sus filosofías, ó porque hago de ellas muy poca estimación. Para la elocuencia que yo busco, bástame un vulgar conocimiento de las cosas forenses y comunes, y aún de éstas ignoro muchas, que sólo aprendo cuando la causa que he de defender lo exige. Por lo cual, si no estás ya cansado y no te parece molesto, vuelve á tratar de lo que se refiere al esplendor y ornato del discurso; lo cual he querido oír de tí, no para perder yo toda esperanza de conseguir alguna vez la elocuencia, sino para aprender algo y ponerme en camino.

—Vulgares cosas me preguntas, respondió Craso, y de tí, oh Sulpicio, no desconocidas. Porque, ¿quién no ha enseñado ó ha dejado escrito algo sobre esta materia? Pero te daré gusto y te expondré brevemente lo que yo alcanzo, remitiéndote en lo demás á los autores é inventores de estas menudas reglas.

»Toda oración se compone de palabras, y éstas pueden considerarse ya separadas, ya unidas. Hay un género de ornato propio de cada una de las palabras, y otro que resulta de su construcción y enlace. Usemos, pues, ó de palabras propias, que son el nombre verdadero de las cosas, y nacieron, digámoslo así, con las cosas mismas, ó de palabras trasladadas de su significado primitivo, ó de palabras nuevas é inventadas por nosotros mismos. Cuando se usa de palabras propias, el mérito del orador está en huir de las abatidas y desusadas, y valerse de las más selectas y elegantes, de las más llenas y armoniosas; el oído será el

en la elección de estas palabras, para lo cual influye mucho la costumbre de hablar correctamente. Por eso, lo que se dice de los oradores el vulgo: «éste usa de palabras elegantes, ó usa de palabras no elegantes,» no es efecto de arte, sino de un cierto sentido natural, porque no es posible alabanza huir de los defectos (aunque esto importe mucho). El fundamento casi único del edificio es la elección y uso de las palabras. Qué especie de edificio es el que el orador levanta y cómo ha de adornarle, es lo que nos á indagar y á explicar ahora. Tres son, pues, los géneros de palabras de que el orador se sirve para ilustrar y adornar el discurso: inusitadas, nuevas ó trasladadas. Inusitadas son las arcaicas y vetustas, desterradas ya del lenguaje común, y de las cuales pueden hacer más uso los poetas que nosotros. No obstante, hace buen efecto en el discurso alguna frase poética, y yo no dejaría de decir como Celio: «cuando el Cartagines vino á Italia,» y usaría de muchos giros que, colocados oportunamente, dan á la oración un aspecto de antigüedad. Se usan también palabras nuevas, formadas ya por composición, ya sin composición.

De la tercera clase son las palabras trasladadas, nacidas, ó de la necesidad y de la pobreza de lenguaje, ó de la riqueza y elegancia. Porque así como los vestidos se usaron primero para defenderse del frío, y luego se usaron para adorno y gala del cuerpo, así las traslaciones recibieron por primera causa la necesidad, por segunda el adorno. Que *las vides producen yemas*, que *las hierbas son lujosas* y *los sembrados alegres*, hasta los rústicos lo usan. Las palabras trasladadas explican lo que con palabras propias apenas puede declararse, y la semejanza en la traslación se funda y aclara más nuestro pensamiento. Estas traslaciones son una especie de préstamo en que tomamos de otra parte lo que no tenemos. Hay otras más nobles, que no indican pobreza, sino que añaden algun

esplendor al discurso. ¿Pero para qué he de explicar sus géneros y el modo de hallarlos?

»En la metáfora la comparacion está reducida á una sola palabra, puesta en lugar ajeno como si fuera propio: si se comprende, agrada; si la semejanza no existe, la metáfora queda sin efecto alguno. Solo conviene usar de metáforas para hacer más clara una cosa, vg.: «el mar se alborota; las tinieblas se duplican; la negra noche lo oscurece todo; la llama brilla entre las nubes; el cielo se estremece con los truenos; el granizo mezclado con larga lluvia cae precipitado de las nubes; por todas partes se agitan los furiosos vientos y se levantan recios torbellinos; el piélago hierve.» Aquí casi todas las expresiones son figuradas, y ellas hacen más clara la descripción de las cosas materiales. Lo mismo sucede con un hecho humano, ó un propósito ó intencion, como aquel que aludiendo á uno que hablaba oscuramente para que nadie penetrara su intencion, lo da á entender con dos palabras trasladadas: «Este disfraz y rodea sus discursos.» A veces por medio de la transicion se consigue la brevedad, vg.: «Si el arma se escapó de sus manos.» Muchas palabras propias no darian á entender tan bien como una sola trasladada, la imprudencia de haber dejado escapar el arma.

»Y me parece digno de notarse por qué agradan más á todos las palabras trasladadas y ajenas que las propias y naturales. Si la cosa no tiene nombre propio, como *el pié en la nave*, como *el nexo en el matrimonio*, como *en la mujer el divorcio*, la necesidad obliga á tomar de otra parte lo que no se tiene; pero por grande que sea la abundancia de palabras propias, siempre agradan más las ajenas, si la traslacion está hecha con arte. Creo que esto sucede ó porque es una prueba de ingenio el saltar por encima de los obstáculos y traer cosas de léjos, ó porque el oyente muda de puntos de vista, sin apartarse, no obstante, del principal asunto, ó porque vemos al mismo

tiempo el asunto y lo que á él se parece, ó porque toda traslacion que está racionalmente hecha se dirige á los sentidos, y especialmente al de la vista, que es el más agudo de todos. *El perfume de la urbanidad, la delicada corte-sía, el murmullo del mar, la dulzura del discurso*, son comparaciones tomadas de los demas sentidos; pero las de los ojos son mucho más vivas, y ponen casi en presencia del ánimo lo que no podemos ver con los ojos. No hay en la naturaleza cosa alguna de cuyo nombre no podamos servirnos para expresar cosas diferentes. De donde quiera que se tomen similitudes (y se pueden hallar casi en todo), puede sacarse tambien la metáfora, que por el símil que contiene, da luz y esplendor á todo el discurso.

»Lo primero que debe evitarse en este género es la falta de exactitud en la comparacion, vg.: «grandes arcos del cielo;» y por más que Ennio, segun cuentan, llevara una esfera á la escena, nunca podria encontrarse semejanza entre una esfera y un arco. «*Vive miéntras puedes, oh Ulises: arrebatada con los ojos este último rayo de luz.*» No dijo *toma* ni *recibe*, porque eso indicaria más esperanzas de vivir largo tiempo que las que podia tener Ulises, sino que dijo: *arrebatada*, lo cual conviene mejor con lo que ántes habia dicho: *miéntras puedes*.

»El símil tampoco ha de estar traído de léjos. Yo diria mejor el *escollo*, que no la *sirte* del patrimonio; mejor *el abismo* que *la Caribúlis* de los bienes, porque más fácilmente se inclinan los ojos del entendimiento á lo que se ha visto que á lo que se ha oído.

»Y aunque es gran mérito de la traslacion el que hiera los sentidos, ha de evitarse, sin embargo, toda torpeza en las ideas. No quiero que se diga que con la muerte de Escipion el Africano quedó *castrada* la república; no quiero que se llame á Glaucias *el estiércol de la curia*, porque aunque la comparacion no sea inexacta, la idea que sugiere nada tiene de limpia. No quiero tampoco que la comparacion sea

mayor que lo que pide el asunto, vg.: «la tempestad de la *revuelta*,» ni tampoco menor, vg.: «la revuelta de la tempestad.» No quiero que la palabra trasladada exprese menos que lo que expresaría la propia, vg. «¿Por qué me haces señas para que no vaya á tu casa?» Mejor estaría: *me lo vedas, me lo prohibes, me lo impides*, porque él había dicho: «Pronto, ahí mismo, para que mi contagio ni mi sombra no dañe á los buenos.»

»Y si temes que la traslacion parezca un poco dura, puedes suavizarla anteponiendo alguna palabra, vg.: decir que, muerto Marco Caton, quedó como huérfano el Senado, es un poco duro; pero diciendo *quedó como huérfano, digámoslo así*, resulta ya algo más suave. Porque ha de haber cierto pudor en la metáfora, de suerte que parezca que ha entrado en lugar ajeno, no por fuerza sino rogada.

»Entre las figuras que consisten en una sola palabra, no hay ninguna más galana que esta, ni que comunique más esplendor al discurso. La alegoría que de aquí nace, no consiste en una sola palabra trasladada, sino en muchas continuadas, de suerte que se diga una cosa y se entienda otra, vg.: «ni he de consentir otra vez que la armada de los Aquivos, tropiece en el mismo escollo y en las mismas armas.» Y aquel otro ejemplo: «Yerras: tu insolente y temeraria confianza será contenida por las fuertes riendas de la ley y del imperio.»

»Esta figura es grande ornato del discurso, pero ha de huirse de la oscuridad, porque de aquí resulta lo que llaman enigmas. Este modo de la metáfora no consiste en una sola palabra, sino en el hilo y continuacion de todas. Ni el artificio de aquella traslacion y cambio consiste en las palabras del discurso, vg.: «El Africa se estremece y tiembla al horrible tumulto.» Aquí el Africa está tomada por los Africanos. Ni es una palabra inventada, como: «las olas quebrantan las peñas;» ni trasladada, como: «la mar se calma;» sino que es una palabra propia puesta en lugar

de otra, vg.: «Roma, deja á tus enemigos,» ó en este otro ejemplo: «Testigos son estos dilatados campos.»

»Al mismo género pertenecen *Marte*, por la *guerra*; *Céres*, por los *frutos*; *Baco*, por el *vino*; *Neptuno*, por el *mar*; la *Curia*, por el *Senado*; el campo *Marcio*, por los *Comicios*; la *Toga*, por la *Paz*; las *Armas*, por la *guerra*. De la misma manera se substituyen los nombres de las virtudes y de los vicios á los de las personas que los tienen: así se dice que la lujuria ó la avaricia penetraron en una casa, ó que la fe y la justicia prevalecieron. Ya veis cómo todo este género de figuras, por medio de inflexiones y cambios de palabras, expresan las cosas con más elegancia. Enlázanse con esta figura otras ménos notables, pero que tampoco deben pasarse en silencio: así, se toma la parte por el todo, vg., las paredes ó los techos por todo el edificio; ó bien el todo por la parte, como cuando decimos de un sólo escuadron: la *Caballería romana*; ó se usa el singular por el plural, vg.: «El soldado romano, aunque salga vencedor, tiembla en su corazon;» ó el plural por el singular, vg.: «Somos Romanos los que ántes éramos Rudinos.» Ó de cualquier modo que sea se da á entender en este género una cosa distinta de lo que se dice.

»El abusar del sentido de las palabras no es tan elegante como la metáfora, pero aunque es muy atrevido, puede usarse con cierta parsimonia, vg., *un gran discurso*, en vez de *un discurso largo*.

»Ya habeis visto que estas figuras no resultan de una sola palabra trasladada, sino de la conexion y encadenamiento de muchas. Las que nacen del cambio de una sola palabra ó de que esta se entienda de diverso modo que como suena, pueden considerarse tambien como metáforas. De aquí resulta, que todo el mérito y fuerza de las palabras depende de tres cosas: ó de que la palabra sea anticuada (aunque no la haya desterrado del todo la costumbre); ó nueva y formando composicion, en lo cual se ha de

atender mucho al uso y al juicio del oído; ó trasladada. Las palabras de esta última clase son como estrellas que iluminan todo el discurso.

»Síguese la continuación y enlace de las palabras, que requiere sobre todo dos cosas: primero, la colocación; segundo, cierto modo y forma. A la colocación pertenece el componer y colocar las palabras de suerte que en su concurso no haya aspereza ni hiato, sino que todo sea terso y fácil. De este esmero se burló en la persona de mi suegro Scévola el elegantísimo poeta Lucilio cuando dijo: «*¡Qué palabras tan bien colocadas! Parecen piedrecillas, emblemas y labores que adornan con arte el pavimento.*» Y después de haberse burlado de Albucio, ni siquiera me perdonó á mí: «Tengo por yerno á Craso, que es más retórico que tú.» Ahora bien: ¿qué te hizo ese Craso, de cuyo nombre abusas? Yo intenté lo mismo que tú, hacer lo que hizo mi suegro, y hacerlo algo mejor que Albucio; pero él quiso burlarse de mí, como acostumbra.

»Ha de atenderse mucho, repito, á la colocación de las palabras, porque ellas hacen el discurso enlazado, coherente, suave y armonioso. Conseguireis esto si se enlazan las palabras antecedentes con las consiguientes, de modo que el concurso no resulte áspero, ni la pronunciación dificultosa.

»A esta diligencia síguese el modo de dar armonía á la expresión, lo cual temo que á Cátulo le parezca pueril. Los antiguos, sin embargo, creyeron que cabía en la prosa número y hasta versos. Querían que las cláusulas estuviesen separadas, no por los intervalos de nuestra respiración, ni por las notas del manuscrito, sino por la armonía de las palabras y sentencias, lo cual dicen que inventó Isócrates para sujetar á números la ruda manera de decir de los antiguos y deleitar así los oídos, según escribe su discípulo Naucrates. Los músicos, que en otro tiempo eran también poetas, inventaron el verso y el canto, para que

con el número de las palabras y la modulación de las voces no llegara á harsiarse el oido, de un solo deleite. Creyeron, pues, que todo esto podia aplicarse á la oratoria, en cuanto la severidad de ésta lo consiente. Y aquí es de notar que cuando resulta algun verso en la prosa, es un defecto, y sin embargo, queremos que la prosa, al modo del verso, tenga cierto número y cadencia, y apénas hay cosa que distinga tanto al orador del que ignora el arte de bien decir, como que el uno dice sin arte cuanto se le ocurre, no haciendo más pausas que las del aliento, miéntras que el orador de tal manera liga la sentencia con las palabras, que da á la frase un número más ó ménos libre y suelto. Y cuando ya ha encadenado las palabras con cierta medida y ritmo, vuelve á dejarlas libres con sólo alterar el órden, de suerte que las palabras ni están sujetas á ninguna ley tan rigurosa como la del metro, ni están tampoco desordenadas y sueltas.

»¿Cómo nos abriremos camino para conseguir esta armonía de diction? No es cosa tan difícil como necesaria. Nada hay tan blando ni tan flexible, nada que tan fácilmente vaya por donde quiera que le lleves, como el discurso. De aquí resultan los versos, de aquí los números desiguales, de aquí la prosa en sus varios géneros. No son unas las palabras de la conversacion y otras las de la disputa, ni unas las del uso diario y otras las de la escena y pompa, sino que nosotros tomándolas, por decirlo así, de un fondo comun, las trabajamos á nuestro arbitrio como blandísima cera, y unas veces usamos el estilo grave, otras un medio entre los dos, acomodándose el estilo al pensamiento, de modo que deleite los oidos y conmueva los afectos. Sábiamente dispuso la naturaleza que las cosas que tienen en sí mayor utilidad, tengan tambien más gracia y hermosura. Contemplemos la armonía del mundo y de la naturaleza. El cielo redondo; la tierra en medio, sostenida por su propio peso; el sol, que ora se acerca al solsticio



de invierno, y luégo insensiblemente asciende al otro hemisferio; la luna que en su creciente y menguante recibe la luz del sol, y las cinco estrellas, que con diverso movimiento y curso recorren el mismo espacio. Tan admirables es este órden, que cualquiera pequeña alteracion le destruiria, y tanta hermosura tiene, que nada puede imaginarse más perfecto. Volved ahora la atencion á la forma y figura del hombre ó de los demás animales, y no hallareis ninguna parte del cuerpo que no sea necesaria, y ninguna forma que no sea perfecta; y esto no por casualidad, sino por arte.

»¿Y qué diré de los árboles, en los cuales ni el tronco ni las ramas, ni las hojas, sirven para otra cosa que para retener y conservar su naturaleza, y sin embargo, no hay ninguna de esas partes que no sea hermosa? ¿Qué cosa hay tan necesaria en una nave como la quilla, los costados, la proa, la popa, las antenas, las velas, los mástiles, todo lo cual tiene tal hermosura que no parece inventado sólo para la utilidad, sino para el deleite? Las columnas sostienen los pórticos y los templos, mas no por eso dejan de ser tan hermosas como útiles. La cima del Capitolio, como la de cualquier otro edificio, no la fabricó en primer lugar el arte, sino la necesidad, pues no habiendo medio de que el agua cayera por los dos lados del techo, vino á inventarse aquel remate tan útil como grandioso; de tal suerte que si el Capitolio estuviera en el cielo, donde no hay lluvia, pareceria que sin aquella cúpula le faltaba gran parte de su majestad.

»Lo mismo acontece en todas las partes del discurso donde á lo útil y necesario se junta casi siempre la gracia y la hermosura. Porque las cláusulas y la distincion de los períodos nacieron de la necesidad de respirar y tomar aliento; y, sin embargo, la invencion de estas pausas es tan agradable, que si hubiera algun orador que tuviese un aliento incansable, no por eso desearíamos que eternizase sus períodos.

»El período más largo es el que puede decirse de un sólo aliento. Puede ser natural ó artificioso. Y siendo muchos los piés métricos, oh Cátulo, vuestro preceptor Aristóteles suele excluir de la oratoria el yambo y el troqueo, los cuales, sin embargo, ocurren naturalmente muchas veces en la conversacion y en el razonamiento, pero son piés ligeros y de poco grave sonido. Mucho más nos convidan los piés heroicos, el dáctilo, el anapesto, el espondeo, en el cual impunemente podemos alargarnos hasta dos piés ó más, con tal que no hagamos versos ó algo que á versos se parezca. Estos tres piés heroicos suelen caer bien al principio de la cláusula. Aristóteles gusta mucho del peon, el cual es doble. Porque consta, ó de una larga seguida de tres breves, vg., *desinite, incipite, comprimate*, ó de tres breves y una larga, vg., *domueran, sonipedes*. Quiere el filósofo que se empiece por el primero de estos peones y se acabe por el segundo, el cual se parece no por el número de sílabas, sino por la impresion que hace en el oido (lo cual es el juicio más infalible), al pié crético, que consta de larga, breve y larga, vg., *¿Quid petam præsidii, aut exequar? quodve nunc?* Con este número empezó el discurso de Fannio.

»Aristóteles quiere que las cláusulas se acaben, siempre que sea posible, con una sílaba larga.

»Todo esto no exige tanto cuidado y esmero como el que han de usar los poetas, á quienes obliga la necesidad y el mismo número y ritmo á incluir de tal manera las palabras en el verso, que nada haya más breve ni más largo que lo necesario, sin que se les permita añadir ni quitar una sola sílaba. La prosa es más libre y suelta, pero no tanto que ande errante y vagabunda, sino que ella misma se modere y corrija. Yo pienso, como Teofrasto, que la prosa por culta y esmerada que sea, no ha de estar sujeta á un número riguroso: por eso él sospecha que entre todos los piés métricos floreció primero el anapesto, y que de é

nació el libre y audaz ditirambo, cuyos miembros y piés, como el mismo dice, están derramados en todo elegante discurso.

»Y si lo más armonioso en todo género de sonidos y de voces es lo que causa ciertas impresiones y lo que podemos medir por intervalos iguales, con razon se cuenta este género de armonía, siempre que no sea continua, entre los méritos del orador. Si tenemos por ruda é inculta la locuacidad perenne, copiosa y sin intervalos, ¿cuál es la causa de que la rechacemos, sino el que nuestro oido tiene instinto natural de las modulaciones? lo cual no podría suceder si en la voz no hubiese número. En la continuidad no cabe el número, porque éste resulta de la distincion y percusion de intervalos iguales, y muchas veces variados, los cuales podemos distinguir en el caer de las gotas, pero no en el rio desbordado. Y si este género de periodos, libremente dividido en artículos y miembros, es mucho más agradable que los períodos continuados y sin fin, necesario será que estos miembros tengan cierta medida, porque si son demasiado breves, se pierde el ámbito de las palabras, que así llaman los Griegos á las cláusulas de la oracion. Los miembros posteriores deben ser iguales á los anteriores, y aún es preferible y agrada más que sean más largos.

»Esta es la doctrina de esos filósofos griegos que tanto admiras, oh Cátulo, y bueno es que me escude con su autoridad para que no digais que me he entretenido en simplezas.

—¿Cómo así? dijo Cátulo. ¿Qué cosa puede haber más elegante ni más sutil que ese razonamiento tuyo?

—Pero temo, dijo Craso, que todo esto les parezca á esos jóvenes muy difícil, ó que, por el contrario, viendo que no se enseña por los preceptores vulgares, vengán á creer que hemos querido dar á tales cosas mayor importancia que la que realmente tienen.

—Mucho te equivocas, Craso, si piensas que yo ó alguno de éstos esperábamos de tí esos preceptos triviales y vulgares. Lo que dices es lo que deseamos oír, y sobre todo, dicho de esa manera; te lo aseguro con toda sinceridad, en nombre propio y en el de todos éstos.

—Yo, dijo Antonio, he encontrado por fin el orador perfecto que habia buscado en vano, segun dije en aquel librito que escribí; pero no he querido interrumpirte ni aun con alabanzas, para no perder ni una palabra sola de tu breve discurso.

—Conforme á esta ley, prosiguió Craso, formaremos el estilo, mediante el ejercicio de hablar y escribir, que es de tanta importancia en la oratoria, sobre todo para el ornato y rima. Ni es esto de tanto trabajo como parece, ni hemos de sujetarnos á las duras leyes de los poetas y los músicos; sólo hemos de procurar que la oracion no corra demasiado, ni se aparte del camino, ni se detenga, ni se extravíe; que estén bien distinguidos los miembros y redondeadas las cláusulas. Ni el estilo ha de ser siempre periódico: conviene muchas veces usar miembros más cortos, pero sujetos tambien á cierto número. Ni os asusten el pié ni el metro heroico; ellos se os ocurrirán y responderán sin que los llameis, con tal que hayais adquirido costumbre de escribir y de hablar, de redondear las sentencias y de juntar los números majestuosos con los libres, especialmente el pié heroico con el peon primero ó el crético, todo con la posible variedad y distincion. Nótese tambien la semejanza en las pausas, y siempre que estén colocados así los primeros y los últimos piés, pueden quedar ocultos los del medio, con tal que no sea la cláusula más breve que lo que esperan los oidos ni más larga que lo que las fuerzas y el aliento consienten.

»En el modo de cerrar los períodos está la mayor perfeccion y dificultad. En el verso llama la atencion, así la primera como la media y última parte, y el efecto se pier-

de ó debilita en habiendo cualquier tropiezo; pero en la prosa pocos ven los primeros miembros, y casi todos se fijan en los últimos. Por esto conviene variar las terminaciones para que no causen hastío en el ánimo ni en los oídos de los jueces. Si los primeros miembros no son muy breves y concisos, bastará acentuar los dos ó tres piés últimos, que conviene que sean coréos, heroicos ó alternados; ó el peon posterior, que Aristóteles recomienda; ó el crético, que es casi igual. Esta variedad hará que ni los oyentes sientan el fastidio de la monotonía, ni parezca que obramos de caso pensado. Y si aquel Antipatro Sidonio, de quien tú, Cátulo, te acordarás muy bien, solía improvisar versos exámetros y otros de varias medidas y números, y había conseguido tanto con su ejercicio, ingenio y memoria, que en aplicando la atención á componer un verso, se le ocurrían en seguida las palabras, ¿cuánto más fácilmente podrá conseguirse esto en la oratoria, contando siempre con el hábito y estudio?

»Y nadie se admire de que el vulgo indocto note y censure los defectos del orador, porque en esto y en otras muchas cosas es grande é increíble la espontaneidad de la Naturaleza. Todos, por un secreto instinto, sin ningún arte ni razón, distinguen lo que es bueno y lo que es malo en las artes. Y si esto hacen con las estatuas y los cuadros y otras obras de arte, para cuya inteligencia les dió la Naturaleza ménos auxilios, mucho más lo muestran en el juicio de las palabras, números y voces, porque este juicio es de sentido común y la Naturaleza no ha querido privar de él á nadie; así es que todos se conmueven, no sólo por las palabras colocadas según arte, sino con los números y la armonía. ¡Cuán pocos hay que sepan este arte! Y sin embargo, apenas se comete el más leve tropiezo y se alarga una breve, ó se abrevia una larga, todo el teatro estalla en clamores. La multitud y el pueblo silba lo mismo á los coros que á cada uno de los cantores, apenas desafinan.

«Admirable es que haya tanta diferencia entre el hombre docto y el rudo en cuanto á la ejecucion, habiendo tan poca en cuanto al juicio. Porque el arte, como nacido de la Naturaleza, si no mueve y deleita á la Naturaleza misma, puede decirse que nada ha conseguido. Nada es tan conforme con la índole de nuestros ánimos como los números y la armonía: ellos nos excitan, nos inflaman, nos sosiegan y nos hacen sentir alegría ó tristeza; de aquí el sumo poder de los versos y del canto, no olvidado por Numa, rey doctísimo, y por nuestros mayores, como lo indican las flautas y cantos de los convites, y los versos de los sacerdotes Sálíos, pero todavía más celebrada por la antigua Grecia. ¡Ojalá que hubierais querido disputar de estas y semejantes cosas, más bien que de pueriles traslaciones de palabras!

»Así como el vulgo ve cualquier defecto que haya en los versos, así nota la falta de armonía en el discurso; pero al poeta no le perdona, mientras que con nosotros tiene alguna indulgencia, por más que tácitamente reconozcamos todos que lo que dijimos no es oportuno ni perfecto.

»Por eso los antiguos, como todavía lo hacen algunos, no pudiendo hacer períodos redondos, porque ésta es invención que de poco acá hemos empezado á ejercitar, ponían las palabras de tres en tres, de dos en dos, y aún de una en una; y aún en aquella infancia del arte, no ignoraban lo que podía halagar los oídos, y procuraban que las frases se correspondiesen y estuvieran separadas por pausas iguales.

»Ya expuse como he podido lo que principalmente toca al ornato del discurso. Hablé de cada una de las palabras, de su union, de su número y forma. Si quereis saber cómo ha de ser el colorido general del discurso, os diré que puede ser rico, pero al mismo tiempo firme y entero: ó sencillo, pero no sin nervio y fuerzas: ó templado y que participe de los dos en cierta medianía.

»En estas tres figuras hay cierto color de belleza, no postizo, sino difundido en la sangre. El orador ha de perfeccionarse en palabras y sentencias. A la manera que los gladiadores ó los que combaten en la palestra, que no sólo hacen estudio de evitar los golpes y de herir, sino tambien de moverse con elegancia, así el orador usará de las palabras para la mejor composicion y decoro del discurso, y de las sentencias para la brevedad de él.

»Hay innumerables formas de palabras y de sentencias. De seguro que no las ignorais. Hay entre ellas esta diferencia: que la figura de palabras desaparece cuando las palabras se mudan, y la de sentencia permanece, sean cualesquiera las voces de que se use. Y aunque vosotros ya lo ejecutais, sin embargo, quiero advertiros que el orador no tiene que hacer otras maravillas sino cumplir en cada una de las palabras estas tres condiciones: usar con frecuencia de vocablos trasladados, á veces de los nuevos, rarísima vez de los antiguos. En lo que hace al conjunto de la oracion, despues que hayamos cumplido todas las condiciones de suavidad y armonía, adornaremos el discurso con todo el esplendor de palabras y sentencias.

»Porque la *commoracion*, deteniéndose mucho en un asunto, mueve en gran manera los afectos, y la *explanacion* pone, digámoslo así, á la vista las cosas que van sucediendo, lo cual vale mucho, ya para ilustrar lo que se expone, ya para amplificar. A esta figura es contraria la *precision*, y la *significacion* que da á entender más que lo que se dice, y la *brevedad* distinta y concisa, y la *atenuacion* y la *ironía* que pertenece á la materia tratada por César, y la *digression* que debe volver con gracia el asunto, despues de algun agradable incidente, y la *proposicion* en que se anuncia lo que se va á decir, y la *separacion* de lo que se ha dicho, y la *vuelta al propósito*, y la *repeticion*, y la *conclusion*, y la *exageracion* ó *hipérbole*, ya para engrandecer, ya para disminuir un objeto, y la *interrogacion* y la *expro-*

*sición* de su parecer, y la *disimulación* que se va insinuando en los ánimos, diciendo una cosa y significando otra, lo cual es muy agradable, no en la disputa, sino en la conversacion, y la *duda*, y la *distribucion*, y la *correccion*, ó ántes de decir una cosa, ó despues de haberla dicho, ó cuando rechazamos alguna objecion que pueda hacérsenos, y la *prevencion*, y la *reyeccion* de la culpa á otro, y la *comunicacion*, que es una especie de deliberacion con los mismos oyentes; la *imitacion* de las costumbres y de la vida, ya introduciendo á las personas, ya sin ellas, grande ornamento del discurso y muy á propósito para conciliar los ánimos ó conmoverlos: la introduccion de personas fingidas que da tanta luz á la amplificacion, la *descripcion*, la *induccion á error*, el impulso á la alegría, la *anteocupacion*, la *semejanza* y el *ejemplo*, la *distribucion*, la *interpelacion*, la *contraposicion*, la *reticencia*, la *recomendacion*, el uso de alguna palabra libre ó atrevida para encarecer más un objeto, la *ira*, la *reprension*, la *promesa*, el *ruego*, la *obsecracion*, un breve apartarse del asunto, la *justificacion*, la *conciliacion*, la *ofensa*, la *optacion* y la *execracion*. Todas estas son las figuras de sentencia que ilustran el discurso. En cuanto á las figuras de palabras, el discurso es como el arte de las armas, que no sólo sirve para el acometimiento y la pelea, sino tambien para la gallardía y destreza. Por que la duplicacion de las palabras unas veces da fuerza, y otras gracia al discurso, y lo mismo las pequeñas alteraciones y mudanzas de palabras, y la repeticion de una palabra al principio, y su conversion al fin, y el impetu y concurso de los vocablos, y la *adyeccion*, y la *progresion* y la *distincion* de una misma palabra frecuentemente repetida, y la *revocacion* y *similicadencia* ó *similidisidencia*, y la igualdad ó semejanza de los miembros que entre sí se corresponden. Hay tambien la *gradacion* y la *conversion*, y la elegante *trasposicion* de las palabras, la *contrariedad*, la *disolucion*, la *declinacion*, la *reprension*, la *exclamacion*, la



*disminucion*, y la prueba añadida á cada una de las *proposiciones*, y la *concesion* y otro género de *duda*, y las palabras imprevistas, y la *enumeracion* y otro linaje de *correccion*, y la *separacion*, y lo *continuado* ó *interrumpido*, y la *imágen* y la *respuesta á sí mismo*, la *metonimia*, la *disyuncion*, el *orden*, la *relacion*, la *digresion* y *circunscricion*. Estas y otras semejantes á estas (porque puede haber muchas más) son las figuras de palabras y sentencias que ilustran y embellecen el discurso.

—Veo, Craso, dijo Cota, que nos has dicho esas figuras sin definiciones y sin ejemplos, como si nos fueran ya conocidas.

—Yo, respondió Craso, nunca pensé que fueran nuevas para vosotros las mismas cosas que ántes os dije; pero quise obedecer á la voluntad de todos. Cuando empezaba á hablar, el sol me advirtió que fuera yo breve: ahora que va declinando, me obliga á acabar cuanto ántes este razonamiento. Afortunadamente, la explicacion de estas figuras y su doctrina misma es bastante vulgar; en cambio su aplicacion es lo más difícil de este arte. Ya, pues, que hemos mostrado todos los elementos del ornato del discurso, veamos qué es lo más oportuno y lo que más conviene en la oracion. Porque es claro que no á toda causa, auditorio, persona ó tiempo conviene un mismo género de discursos. De distinta manera ha de hablarse en las causas capitales que en las privadas y pequeñas: diverso estilo ha de usarse en las deliberaciones, en las alabanzas, en los juicios, en los sermones, en la consolacion, en la reprehension, en la disputa, en la historia. Repárese tambien si quien oye es el Senado, el pueblo ó los jueces; si son muchos, pocos ó uno solo, y quién es el orador mismo, qué edad, honores y autoridad tiene; y si el tiempo es de paz ó de guerra, de apresuramiento ó de reposo. En esta parte no puede darse más precepto, sino que elijamos un estilo, más ó ménos grave, sencillo ó templado, que se acomode al asunto

de que tratamos. Los adornos serán casi siempre los mismos; pero unas veces con más parsimonia, otras con más abundancia. En todas las cosas, al arte y á la naturaleza corresponde el poder hacer lo que conviene; á la prudencia el saber cuándo y en qué manera conviene.

»Pero á todo esto ha de añadirse la accion, verdadera reina del discurso: sin ésta no puede haber orador perfecto, y con ella un orador mediano vencerá á los más insignes. A ésta dicen que dió la primacia Demóstenes, cuando le preguntaban cuál era la primera dote del orador: á ésta dió el segundo lugar y tambien el tercero. Esto me recuerda aquel dicho de Esquines, que habiendo salido de Atenas, condenado en un juicio, y trasladándose á Rodas, leyó á instancia de los Rodios aquel admirable discurso que habia pronunciado contra Ctesifon y Demóstenes: rogáronle al dia siguiente que leyese el de Demóstenes en defensa de Ctesifon: hizolo él con voz suavísima y entonada: admiráronse todos, y él dijo: «¡Cuánto más os admiraríais si le hubierais oido á él!» Con lo cual, bien claramente dió á entender el poder de la accion, como que le parecia que el discurso era otro en cuanto se mudaba el actor. Y tú te acordarás muy bien, oh Cátulo, de aquel rasgo de un discurso de Graco tan ponderado cuando yo era niño: «¿A dónde iré, infeliz? ¿á dónde me encaminaré? ¿al Capitolio? ¡Si está teñido con la sangre de mi hermano! ¿A mi casa, para ver á mi madre misera, llorosa y abatida?» Y cuentan que esto lo dijo con tal voz, gesto y mirada, que ni siquiera pudo contener las lágrimas. Y hablo mucho de esto, porque los oradores, que son representantes de la verdad misma, tienen muy abandonada la accion, de la cual se han apoderado los histriones, meros imitadores de la verdad. Sin duda en todas las cosas vence á la imitacion la verdad; pero si ésta bastara por sí á la accion, no necesitaríamos ciertamente del arte. Por que los afectos del ánimo, que han de ser declarados ó imitados con la accion, suelen estar tan perturbados, os-

curecidos y casi borrados, que hay que apartar las nieblas que los oscurecen, y escoger la expresion más fácil propia.

»Toda pasion del alma ha recibido de la naturaleza, digámoslo así, su semblante, gesto y sonido, y todo el cuerpo humano, y su semblante y su voz resuenan como las cuerdas de la lira, así que la pasion las pulsa.

»Las voces, como las cuerdas, están tirantes y responden á cualquier tacto: una es aguda, otra grave, una pronta, otra tarda; una grande, otra pequeña; entre todas las cuales, sin embargo, y en todas ellas caben variedades intermedias.

»De aquí nacen muchos tonos: suave, áspero, rápido, difuso, contínuo, interrumpido, quebrado, roto, hinchado, atenuado, etc.: no hay ninguno de ellos que no pueda tratarse con arte y moderacion; son como los colores que tiene á su disposicion el pintor.

»Otro tono debe usarse para la ira: agudo, y arrebatado, vg.: «¡Mi hermano impío me exhorta á devorar infeliz á mis propios hijos!» y aquello que decias ántes, ¡oh Antonio! «¿Te atreviste á separarle de tí?», y aquel otro pasaje: «¿Quién le oye? atadle.» Y casi todo el *Atreo*.

»Otro tono exige la compasion y el llanto: flexible, lleno, interrumpido y lloroso, vg.: «A dónde iré? ¿qué camino seguiré? ¿me dirigiré á la casa paterna ó á la del hijo de Pelias?» Y aquellos otros versos: «¡Oh padre, oh patria, oh casa de Príamo,» y los que siguen: «Vimos ardiendo todo, y arrancada la vida á Príamo.»

»El tono del miedo será sumiso, vacilante y abatido, vg.: «¡Muchos males me cercan; la enfermedad, el destierro, la pobreza; el temor me quita toda prudencia: me amenazan con tormentos y muerte: nadie hay de tan firme condicion y de tanta audacia á quien la sangre no se le hiele y retire con el miedo!»

»El tono de la violencia será apresurado, impetuoso,

amenazador, vg.: «Otra vez quiere Tiestes ablandar á Atreo; otra vez me insta y despierta mi enojo. Yo le oprimiré con mayores males, hasta que reprima y abata su corazon cruel.» Requiere el placer un acento suave, tierno, alegre y sumiso: «Cuando me ofreció la corona nupcial, á tí te la daba fingiendo dársela á otra; fué ardid ingenioso y delicado para engañarte.» El tono del pesar ha de ser grave sin mover á conmisericordia, triste y monótono, vg.: «Cuando París se juntó á Elena en ilícita union, yo estaba ya á punto de cumplir los meses del embarazo. Por el mismo tiempo tuvo Hécuba á Polidoro, en su último parto.»

»A todos estos movimientos debe acompañar el gesto; no el gesto escénico que expresa cada palabra, sino el que declara, no por demostracion, sino por significacion, la totalidad de la idea. La inflexion del cuerpo ha de ser fuerte y varonil, no como la de los histriones en la escena, sino como la del que se prepara á las armas ó á la palestra. Las manos deben seguir con los dedos los movimientos de las palabras, pero no expresarlas; el brazo ha de estar levantado como para lanzar el rayo de la elocuencia; se han de dar golpes con el pié en la tierra, al comienzo ó al fin de la disputa. Pero en el rostro consiste todo, y en él, lo principal son los ojos; y esto lo entendian bien nuestros mayores, que no aplaudian mucho á ningun actor con máscara, aunque fuese el mismo Roscio. El alma [es la que inspira la accion; el rostro es el espejo del alma; sus intérpretes son los ojos; sólo ellos pueden hacer tantos movimientos y cambios cuantas son las pasiones del alma, y no hay nadie que lo consiga mirando siempre á un mismo objeto.

»Contaba Teofrasto que un tal Taurisco solia decir que el actor hablaba vuelto de espaldas al público, siempre que al representar tenia los ojos fijos en un solo punto. Gran moderacion se ha de tener con los ojos. Ni ha de alterarse mucho la expresion del semblante, para no caer en

alguna vaguedad ó extravagancia. Con los ojos ya atentos, ya sumisos, ya alegres, significamos los movimientos del alma, más conformes con la naturaleza del discurso. Es la accion como la lengua del cuerpo, y por eso ha de seguir siempre al pensamiento. Para declarar los afectos del alma, nos dió la naturaleza los ojos, como dió al caballo y al leon la melena, la cola y los oidos.

»Despues de la voz, lo más poderoso es el semblante, y en éste los ojos. En todo lo que depende de la accion hay una fuerza natural que mueve hasta á los ignorantes, al vulgo y á los bárbaros.

»Las palabras no conmueven á nadie sino al que entiende la lengua, y las sentencias, por demasiado agudas, á veces se dejan entender sólo de ingenios delicados; pero la accion, que expresa por sí los afectos del alma, conmueve á todos y escita las pasiones que cada cual siente en sí mismo y conoce en los demas.

»Grande importancia tiene sin duda en la accion la voz. Hemos de desearla buena, pero sea cual fuere, conviene educarla. El cómo, no es materia propia de este lugar: sólo diré que conviene educarla con mucho esmero, y repetiré lo que ántes dije, que en muchas cosas lo más provechoso es tambien lo más agradable. Para conservar la voz nada más útil que una frecuente variedad de tonos; nada más pernicioso que una entonacion monótona é inflexible. ¿Qué cosa hay más acomodada á nuestros oidos que la alternativa y variada sucesion de tonos? Por eso el mismo Graco (segun puedes oirlo, oh Cátulo, de tu cliente Licinio, hombre literato que le sirvió de esclavo y amanuense) solia tener detras de sí, cuando hablaba, un músico diestro que con una flauta de marfil le daba rápidamente el tono, haciéndole pasar de lo más sumiso á lo más remontado, ó al contrario.

—Sí que lo he oido contar, dijo Cátulo, y he admirado muchas veces así el estudio de este hombre como su doctrina y ciencia.

—Mucho me duelo, continuó Craso, de que tan esclarecidos varones cayesen en aquella traicion contra la república, aunque tal tela se va tejiendo, y tal modo de vivir se va entrando en nuestra ciudad, que ya quisiéramos tener ciudadanos semejantes á los que no pudieron sufrir nuestros padres.

—Ruégote, Craso, replicó Julio, que dejes esa conversacion, y vuelvas á la flauta de Graco, cuyo uso todavía no comprendo bien.

—En toda voz, dijo Craso, hay un medio propio de ella: el ir desde él subiendo la voz gradualmente, es útil y agradable. Gritar desde el principio tiene algo de rústico; levantar la voz poco á poco, es muy conveniente. Hay tambien un extremo cercano á los clamores agudos, al cual la flauta no te dejará llegar, ántes te apartará de él, si á él te acercas. Hay, por el contrario, sonidos muy bajos, á los cuales tampoco ha de descenderse sino gradualmente. Esta variedad y este tránsito de un sonido á otro hará mucha gracia á la accion. Pero al flautista podeis dejarle en casa, y llevar con vosotros y al foro tan sólo la razon de esta costumbre. He dicho lo que he podido, no como he querido, sino como la estrechez del tiempo me lo permitia. Ya sabeis que es costumbre echar la culpa al tiempo; cuando no se puede decir más aunque se quiera.

—Mas yo creo, dijo Cátulo (en cuanto puedo juzgar), que has recogido todos los preceptos tan admirablemente, que no parece que los has aprendido de los Griegos, sino que se los puedes enseñar. Mucho me huelgo de haber participado de esta conversacion, y siento que no haya estado presente mi yerno y amigo tuyo Hortensio, de quien espero que llegará á reunir todos los méritos que en tu discurso has enumerado.

—¿Dices que llegará á ser un gran orador? replicó Craso. Yo creo que ya lo es, y lo mismo juzgué cuando en el Senado defendió la causa del Africa, y todavía más ahora

poco, cuando habló en defensa del rey de Bitinia. Pienso que á este jóven no le falta ninguna de las dotes de la naturaleza ni del arte. Por tanto, Cota y Sulpicio, debeis trabajar con mucho esfuerzo, porque no es un orador mediano el que se levanta á vuestro lado, sino de agudo ingenio, de ardiente estudio, rico en sabiduría y de memoria singular. Yo, aunque le admiro mucho, quiero sólo que florezca entre los de su edad: á vosotros, que sois mucho menores, fuera casi vergonzoso dejaros vencer por él.

»Levantémonos, continuó: hora es ya de que descansen nuestros ánimos de esta prolija disputa.»

---